

# Bibliografía

---

## LA “REVOLUCION VERDE” Y SU INFLUENCIA EN LA AGRICULTURA MEXICANA. DOS COMENTARIOS

---

Cynthia Hewitt de Alcántara, *La modernización de la agricultura mexicana: 1940-1970*, Siglo XXI Editores, México, 1978, 319 páginas.

### PRIMERO

México padece en la actualidad problemas crecientes con sus abastecimientos alimentarios. La superficie total cultivada es prácticamente la misma que hace dos lustros, pero una mayor proporción se destina a la alimentación animal y a la exportación. Este sombrío panorama es bien conocido por todos y se ha vuelto tema de debate político. Las denuncias partidarias, las autodefensas de los participantes y los reportajes temáticos han ocupado las primeras planas periodísticas desde hace tiempo, sin que se genere una mayor comprensión popular o política de la problemática y sus orígenes. En contraste, el libro que se comenta en esta nota es una excelente aportación a esa última tarea.

Se parte de la “revolución verde”, aquel conjunto de políticas, de innovaciones tecnológicas y de nuevos insumos que cambió drásticamente las perspectivas productivas de la agricultura mundial, en los últimos tres decenios. México es la cuna de una parte importante de esta “revolución”: la que produjo las nuevas variedades de semillas de trigo de altos rendimientos físicos cuando se combinan con riego, fertili-

zantes y mecanización. La primera parte del libro, encargado por el Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD) para formar parte de una serie de estudios sobre la “revolución verde”, se dedica a describir el progreso productivo del agro mexicano y el contexto sociopolítico en el cual se desarrolló. En esos capítulos se reseñan los orígenes de la investigación agrícola en México, apuntando, sobre todo, el papel sobresaliente que tuvo la Fundación Rockefeller en la creación de la Oficina de Estudios Especiales de la Secretaría de Agricultura, que después se transformó en el Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas (INIA). La creación posterior del Centro Internacional de Mejoramiento del Maíz y Trigo (CIMMYT) señala otra etapa importante en el proceso: la internacionalización de los esfuerzos para difundir la nueva tecnología y la institucionalización del proceso en manos nacionales, en México.

La investigación agrícola no podría llevarse a cabo sin programas complementarios de inversiones públicas y asistencia técnica, y sin la distribución de las nuevas, maravillosas semillas con los fertilizantes e insecticidas necesarios. La autora presenta en forma resumida, pero con cuidado, los pasos que siguió México para lograr la integración del “paquete” de bienes y servicios necesarios que requirió la “revolución verde”. En esta exposición se usan en forma cuidadosa los principales estudios disponibles a principios de los años setenta sobre el tema.

En su tercer capítulo, la señora de Alcántara examina los

resultados del proceso y concluye en forma definitiva: “la modernización agrícola de la postguerra en México resultó costosa. La concentración de recursos para la producción en tan pocas manos favoreció una gran ineficiencia... y no hubo garantía de que esos recursos irían después a parar al tipo de inversión más beneficioso para el desarrollo nacional” (p. 114). Es clara en sus apreciaciones al respecto: “la estrategia puesta en práctica en el agro mexicano en las tres décadas posteriores a 1940... *no ha logrado la meta de desarrollo de incrementar el bienestar*” (p. 114; cursivas nuestras).

La mayor parte del libro, sin embargo, no está limitada a un estudio de fuentes secundarias sobre el resultado de la “revolución verde”: más bien es un examen concienzudo, con base en una investigación directa, de sus efectos sobre los distritos de riego de la costa de Hermosillo y del Valle del Yaqui, en el Noroeste, zona en donde adquirió más importancia en todo el país. El informe sobre la investigación de campo tiene mucho interés, no solamente por su valor histórico, sino también como aportación a nuestra comprensión de la dinámica del desarrollo agrícola nacional, como se verá enseguida.

Los estudios de campo realizados por la autora permiten ver claramente los dilemas de la estructura agraria nacional. En tres capítulos seguidos analiza la situación de los grandes agricultores, los ejidatarios y los yaquis durante el período de mayor desarrollo de la agricultura mexicana. Es evidente que la investigadora logró la confianza de muchos de los agricultores de la región, ya que su exposición demuestra sensibilidad y profunda comprensión de las luchas que se desataron dentro de grupos y entre ellos. La larga historia de inversión extranjera en la zona creó las condiciones para el reciente desarrollo capitalista de Hermosillo. Las fuertes inversiones en perforación de pozos acompañaron una mecanización demasiado rápida, que a su vez provocó problemas financieros para algunos agricultores, agudizados por el patrón de consumo conspicuo que se dio entre ellos.

Los ejidatarios, al contrario, fueron sujetos de la banca oficial, aun después de los multicitados esfuerzos de Lázaro Cárdenas para crear ejidos colectivos en la zona en 1937. Su suerte dependía del financiamiento oficial y de las decisiones superiores; después de la crisis alimentaria de 1952, había mayores razones para impulsar el cultivo de trigo, y la lamentada “minería de la tierra” agudizó los problemas ecológicos, sin cambiar significativamente las perspectivas económicas de la población. El ejido de Quechehueca —notable excepción— pudo sobrevivir gracias a la extraordinaria capacidad organizativa de un líder campesino. Empero, su prosperidad económica y social fue minada, a fin de cuentas, según la autora, por divisiones políticas internas que limitaron y después revirtieron los logros iniciales.

La descripción que brinda sobre la modernización de la agricultura en una comunidad yaqui demuestra claramente la acción desintegradora que tiene en las comunidades indígenas. Los yaquis sufrieron el continuo ataque de los gobiernos nacionales, que se proponían crear una reserva de tierras y fijar una dotación especial de agua para asegurar el bienestar económico de los indígenas. Las buenas intenciones de estas políticas oficiales fueron ejecutadas de tal manera que debili-

taron las instituciones tradicionales y convirtieron a muchos de los “beneficiarios” en pobres trabajadores eventuales en sus propias tierras. La autora concluye: “La integración al mundo mestizo que la circundaba era sin duda inevitable. Pero el modo en que se usó por obra, dañó gravemente a una notable tradición de democracia económica y social, autogobierno local y servicio a la comunidad que hubiera debido valorarse cuando menos en tanto como el adelanto material... En 1971, los mecanismos productivos de la comunidad, anteriormente ajustados para distribuir bien un sustento pequeño, ni distribuían bien ni producían adecuadamente” (p. 263).

La última parte del libro ofrece un panorama sombrío sobre los resultados del progreso técnico en el agro mexicano. Los esfuerzos oficialistas han propiciado alianzas provechosas entre industriales y grandes agricultores, dando prioridad a la orientación urbana de la política y obligando a los pequeños agricultores a sufrir una creciente desventaja relativa. Las antagónicas divisiones de clase, el desempleo y el gran desperdicio de recursos naturales y humanos es la herencia de la política de desarrollo capitalista en el agro mexicano.

Pero el valor del libro no se limita a su aportación histórica. Al observar la zona en 1978 es interesante advertir las diferencias y las continuidades de la situación analizada por Hewitt. En la costa de Hermosillo, el peligro de salinización del manto freático es inminente: los agricultores han aceptado un plan para reducir drásticamente el cultivo de trigo, sustituyéndolo por vid y otros cultivos más remunerativos. Empero, la perforación de pozos continúa en otras partes de la misma zona. La bancarrota de que se habla en el libro produjo mayor concentración en la propiedad de las tierras y más control sobre las instituciones de regulación comercial de la zona.

En el Valle del Yaqui, las expropiaciones de 1976 crearon un ambiente de enojo y desconfianza que, sin embargo, no afectó las tendencias generales del desarrollo agroindustrial en manos privadas. Los ejidatarios que recibieron la tierra expropiada no podían prosperar con una dotación de cinco hectáreas por familia y el Banco Nacional de Crédito Rural determinó, en forma definitiva, los procesos y las relaciones sociales de trabajo. Los ejidatarios ya establecidos tienen ligeras ventajas pues sus dotaciones son más grandes y sus relaciones con las empresas comerciales privadas les permiten manejarse dentro de márgenes más cómodos. El ejido de Quechehueca, que estaba en desintegración política durante la época del trabajo de campo de Hewitt, actualmente está en proceso de reorganización, con un nuevo director ejidal, hijo del antiguo líder campesino que tuvo tanto éxito. Empero, sería prematuro afirmar que el ejido volverá a constituir una excepción a la regla regional; más bien parece reflejar tanto una tendencia de los ejidatarios hacia una mayor integración con los complejos agroindustriales en la zona, como a su dependencia en cuanto a la redituabilidad de los trabajos agrícolas.

La comunidad yaqui también ha sufrido cambios. Por ello la banca oficial, consciente de los problemas que existen y su influencia negativa sobre la organización tradicional, ha in-

tentado reclutar un grupo de técnicos sensibles a las necesidades culturales y económicas de la tribu. Empero, no se han podido eliminar los patrones comunes de paternalismo, ineficiencia y corrupción oficial, lo cual no oculta que el reconocimiento del problema sugiere un mejoramiento de las perspectivas.

Los cambios señalados constituyen interesantes actualizaciones culturales-políticas del libro comentado. Lo fundamental —su análisis de la modernización de la agricultura mexicana— es todavía relevante. Los problemas esenciales son los mismos y las manifestaciones superficiales son aún más serias. La modernización de la agricultura mexicana, producto de los esfuerzos de investigación agrícola, se extiende a todos los rincones del país y se repite a escala internacional. El CIMMYT constituye ahora parte de una red global de instituciones financiada con capital estadounidense para impulsar dichas investigaciones. Los efectos sociopolíticos —algunos los llaman de “segunda generación”— también se extienden y dejan crecientes grupos de campesinos marginados, desamparados y sin opciones viables dentro de las estructuras actuales.

Afortunadamente, también se está extendiendo una literatura sobre lo que ahora podría denominarse “reacción verde”. En parte publicada en la misma serie del UNRISD, en parte propagada por intelectuales y políticos directamente interesados en el bienestar de las masas, esta literatura constituye una base sobre la cual podríamos buscar otras estrategias. En el caso de la obra reseñada aquí, es una lástima que las demoras institucionales y editoriales no le hayan permitido salir antes, o ser actualizada. La experiencia de la primera mitad de los setenta hubiera enriquecido notablemente el análisis. También es una lástima que en esta edición no se haya tomado el cuidado de incluir las fichas sobre las versiones en español de muchas de las obras citadas. Esto dificulta el proceso de preparación de los investigadores nacionales que podrían participar en esfuerzos intelectuales o prácticos en los años venideros.

A fin de cuentas, disponer de este libro en español lo convierte en lectura obligatoria para cualquier interesado en los grandes problemas nacionales. Frente a las tendencias políticas actuales, su análisis es claro: “las pequeñas propiedades han resultado más eficientes que las grandes; y si se les hubiera prestado mayor apoyo, hubieran podido proporcionar a gran número de familias un ingreso cada vez mayor, que con toda probabilidad se hubiera gastado en los tipos de bienes de consumo simples que a todas luces necesitaba la industria nacional” (p. 114). Su nota optimista, al final: “se manifiesta un nuevo interés por elevar la productividad de las parcelas de temporal y reafirmar los derechos... que los beneficiarios de la reforma agraria... tienen” (p. 301), parece desmentida por la experiencia de los últimos años. Pero su llamado a “un debate nacional acerca de si no es más importante concentrar los recursos de la nación para proveer a las necesidades vitales de toda la población que para proporcionar bienes de consumo relativamente superfluos a una minoría” (p. 303), sigue vigente. Y su admonición también es relevante: “ninguna sociedad en la que un tercio o más de la población no puede lograr una dieta diaria adecuada, puede permitirse ignorar la importancia que tiene alentar la mayor productividad en todo el sector agrario... [si no se concede] prioridad inmediata a la elevación de las regiones de temporal y entre los pequeños agricultores... incluso los nuevos adelantos más espectaculares de productividad en los grandes predios comerciales dejarán sin resolver el problema de proveer un nivel mínimo de bienestar para millones de familias que no tienen capacidad de compra suficiente para adquirirlo” (p. 115).

El libro es una aportación partidaria importante al debate actual. Todos tendrán que considerar su punto de vista, estando de acuerdo o no, y considerar el efecto social y político de las tendencias económicas actuales. La comercialización e internacionalización de la agricultura mexicana está creando una fuerza productiva importante, pero destruyendo otra capacidad productiva actual y potencialmente masiva. Las opciones que actualmente existen no quedarán como tales durante mucho tiempo más. *David Barkin.*

## SEGUNDO

El análisis de los problemas rurales en los países subdesarrollados toma paso a paso un cariz cada vez más polémico. Se suceden ininterrumpidamente estudios cuyas conclusiones resultan al menos disímiles, cuando no francamente antagónicas. Mientras algunos analistas, que manejan con elegancia los esquemas cuantitativos, concluyen que el problema del campo se solventa de manera prácticamente definitiva con la sola modificación de variables económicas y la alteración de funciones-producción lineales, en la otra vertiente encontramos un cada vez más nutrido grupo de estudiosos que abordan los problemas rurales desde sus ángulos histórico y sociológico. Los planteamientos de aquéllos apuntan aspectos que podemos identificar bajo el ángulo de la racionalidad y eficiencia de la unidad de producción, descoyuntada de cualquier tipo de sociedad; los segundos sugieren que la eficiencia está imbricada indisolublemente con el comportamiento histórico de los sistemas sociales.

Así pues, los interesados en el tema nos encontramos expectantes por esa oposición que plantea, en otro nivel, la pugna de intereses de grupos que prevalece en el campo, sobre todo en los países pobres. Por ello, podemos decir que se confrontan las posiciones de Andrés Molina Enríquez, Jesús Silva Herzog y Emilio López Zamora con las de los tecnócratas manipuladores de las variables económicas, confiados en el mágico resultado de la inversión.

La obra que comentamos consta de tres partes: las dos primeras cuentan con sendas introducciones y suman siete capítulos; la tercera se integra con el resumen y las conclusiones. El prefacio releva al UNRISD de la responsabilidad del trabajo. En la advertencia, la autora aclara que se trata “de un estudio... [sobre la] modernización rural, que de ninguna manera es necesariamente sinónimo de desarrollo o progreso rural”.

La primera parte, “La estrategia mexicana de modernización agrícola”, constituida por tres capítulos, pretende encuadrar “las características peculiares de la sociedad mexicana al iniciarse el impulso modernizador después de la guerra, que formaba el telón de fondo de la revolución verde en ese país”. En su respectiva introducción postula que

desde la revolución social de 1910 se mantiene una división “entre los que concedían la máxima prioridad a la creación de una agricultura campesina viable, basada en la tradiciones de tenencia comunal anteriores a la revolución y los que, temerosos del socialismo agrario, propugnaban por (*sic*) la empresa privada en gran escala en el campo”. Al adoptar los criterios de Sanford Mosk, sugiere que el cardenismo postulaba una estrategia de desarrollo basada en un México rural próspero. Ello explica la transformación que imprimió a la sociedad mexicana, en grado tal que “el sector de la reforma agraria (*¡sic!*) que antes de Cárdenas había estado muy mal dotado, llegó así a comprender un importante grupo nuevo de agricultores”. Con base en conocidos estudios, aporta indicadores relativos a la estructura agraria, las áreas bajo riego hasta 1973 y la inversión en este ramo por entidades federativas. Apunta “que la contrarrevolución agraria, significó... mano de obra rural barata o que [la mayoría del campesinado] tuvo que ir malviviendo de la agricultura de subsistencia sin exigir nada del erario”.

En el capítulo 1, “Las implicaciones sociales de la investigación agrícola en México”, reseña las primicias de “un puñado de jóvenes científicos mexicanos... estrechamente relacionados con la filosofía del desarrollo... de Lázaro Cárdenas... [a quienes] les interesaba poco importar tecnología extranjera y preferían... hallar soluciones a los problemas de índole práctica a que [los beneficiarios de la reforma agraria] se enfrentaban”. Si en su origen fue trascendente, “su influencia fue completamente eclipsada después de 1945 por el programa conjunto de investigación agrícola del Gobierno mexicano y la Fundación Rockefeller... que con el tiempo produciría la tecnología ahora asociada con la “revolución verde”... [que] respondía a las prioridades de los gobiernos poscardenistas: cómo incrementar la producción en el próspero sector privado de la agricultura mexicana, no cómo tratar de resolver los problemas de las pequeñas parcelas campesinas; cómo proveer un excedente que pudiera alimentar a las ciudades en rápida expansión y aprovisionar las nuevas industrias, no cómo luchar con la pobreza que afligía a una gran parte de la población rural”. Describe el programa que el avilacamachismo, desde sus albores, negoció: “en aquel tiempo no se trataba de averiguar si los requerimientos sociales y económicos de las técnicas agrícolas entonces en uso en los Estados Unidos serían compatibles con la estructura agraria de México”. Los objetivos del programa son escuetamente ponderados.

Al limitar sus investigaciones al trigo y al maíz lograron avances espectaculares en el primero, en tanto las miríadas de agricultores de subsistencia, alejados de las inversiones oficiales, no respondieron con igual dinamismo. Infaltable en el panorama agrícola, señala los inicios de Norman Bourlag y su estimación de las condiciones técnicas previas a la “revolución verde”: los bajos rendimientos unitarios, el uso de mezclas de diversas variedades, la susceptibilidad de los trigos mexicanos al chahuixtle, etc. Los programas se orientaron a lograr variedades que poseyeran capacidad de respuesta a un paquete cada vez más complejo de insumos y prácticas rentables en las zonas de riego. En cuanto al trigo, los deslumbrantes resultados eran tan onerosos como los déficit del cereal: “México se halló, en los primeros años sesenta... con un considerable excedente de grano... el trigo cultivado en los oasis irrigados de México, con insumos costosos,

muchas veces subsidiados por el gobierno y protegidos por un precio artificialmente elevado no podía competir en el mercado mundial y hubo de venderse con pérdida durante las administraciones de López Mateos y Díaz Ordaz”.

Respecto del programa maicero, las observaciones de la autora, reiterativas, no pierden interés: “el rendimiento del maíz en México, a diferencia del trigo, nunca se ha mantenido en un nivel promedio bajo por las limitaciones de las semillas mismas, sino por las condiciones de la tierra donde se siembran. Con tierra fértil, nivelada e irrigada, buen drenaje y fertilización adecuada, incluso las variedades tradicionales de maíz mexicano producen buenas cosechas. La ventaja de la experimentación genética en el maíz está, pues, en descubrir un modo de contrarrestar las insuficiencias materiales de las milpas mexicanas tradicionales, no en elevar la producción en escasas tierras de riego”. Algunos aspectos colaterales restringían los beneficios de la nueva tecnología: la carencia de extensión agrícola, la incomunicación entre la entidad investigadora y la banca oficial, así como la incompatibilidad con los organismos públicos encargados de reproducir y distribuir las semillas. Los programas del INIA y del CIMMYT generaron especialidades orientadas a promover productos exportables.

El capítulo 2, “El marco institucional para el crecimiento agrícola”, adopta un criterio lapidario: la “revolución verde” es, en gran parte, una *revolución comercial*, lo que implica la expansión de agroquímicos y una capitalización sólo al alcance de las élites rurales. La política de riego, al soslayar la prioridad constitucional de los ejidatarios, benefició a latifundistas, en grado tal que “no sólo [no] recuperó el gobierno con los usuarios una parte muy pequeña de su inversión original en diques y canales, sino que sigue perdiendo dinero en el mantenimiento y la reparación de los sistemas de riego”. El crédito agrícola, canalizado por las uniones de crédito y los bancos privados, benefició directamente a los latifundistas; la banca oficial “en algún año ha financiado a un promedio de sólo el 13% de todos los ejidatarios de la nación”. Las observaciones sobre la entidad oficial comercializadora de semillas resultan definitivas: “La calidad de las semillas vendidas por el Pronase [Productora Nacional de Semillas] era en general bajísima, sus costos de administración elevados y su sistema de distribución poco seguro”. Los fertilizantes de la industria mexicana, oficial o privada, carecían de competitividad internacional, al rebasar de 10 a 50 por ciento los precios exteriores. Adicionalmente, los agricultores cuestionaban su calidad. Los insecticidas, como resultado de la ampliación de las actividades oficiales, alcanzaron a cubrir 15% del mercado nacional, aun cuando uno de los productos, el DDT, resulte indeseable por sus efectos residuales acumulativos y se haya prohibido su uso en varios países.

La asistencia técnica se ha canalizado a los productores mejor dotados. Entre tanto, los auténticos pequeños propietarios y ejidatarios no han recibido orientación alguna. La imposibilidad de atender el universo de productores se sumaba al precario número de técnicos oficiales. El sector público mexicano palió los riesgos agrícolas, pues los precios de garantía en el trigo “representaban un subsidio declarado a una poderosa camarilla dentro de la agricultura comercial”. Este instrumento se complementó con la acción de los

almacenes oficiales. El seguro agrícola es sumariamente ponderado, pues se señala que *una entre las mayores* de sus debilidades es la de cubrir sólo la inversión realizada; al minimizar sus riesgos, la Aseguradora Nacional Agrícola y Ganadera, S.A. (ANAGSA) desprotegió a los productores más necesitados.

El capítulo 3, "Modernización agrícola y desarrollo", alude a diversos elementos que condicionan la modernización: las fuentes de crecimiento agrícola que, pasado el cardenismo, se dinamizaron merced a las obras de riego; la industrialización en que "el estudio de caso... provee en realidad una base para evaluar con pesimismo las pretensiones de que la concentración de ingresos de la agricultura en un número limitado de manos privadas promovería una inversión máxima en la industria"; la desigualdad que adoptó la forma de un creciente arrendamiento, y el arcaísmo tecnológico en áreas de temporal. Así, "la estrategia específica de desarrollo seguida por los gobiernos poscardenistas tan sólo proponía la solución de problemas que con los años se iban haciendo más graves". La presión demográfica sobre los campesinos con parcelas se hizo insostenible: el ingreso y empleo rurales reales se contrajeron significativamente de 1960 a 1969. Concluye esta perspectiva general de la economía y del sector agrícola, señalando que "la modernización agrícola de la posguerra en México resultó costosa". En su actitud contraria al latifundismo, añade que "las pequeñas propiedades han resultado más eficientes que las grandes y si se les hubiera prestado mayor apoyo, hubieran podido proporcionar a gran número de familias un ingreso cada vez mayor".

La segunda parte de la obra se dedica a estudiar el caso de Sonora. De modo sumario indica la expansión agrícola en su contexto histórico; describe los cambios suscitados por la nueva y muy elaborada tecnología; los obstáculos a su difusión, y sus avasalladores efectos, una vez mostrada su eficacia. Apunta sugerentes observaciones: "los informantes de Hermosillo suelen mencionar la electrificación de las bombas y no la introducción de nuevas semillas o fertilizantes como la causa principal del salto en la producción triguera en los años cincuenta". Revela con certeza la corrupción de empleados federales, que auspiciaron la concentración de tierras en pocas manos; el interés inusitado de las compañías comerciales en centros de investigación que "...carentes de personal técnico no podían asistir a los pequeños productores y ejidatarios ante la ulterior indiferencia de los terratenientes que transfirieron al Gobierno y a la Rockefeller el costo de su mantenimiento". Se perfilan el auge y la bancarrota regional: el uso irracional de los suelos, la sobremecanización, la insuficiente capacitación de los tractoristas, las abundantes dosis de insecticidas, etc., causas básicas del desplome, se vinculan a las pautas de consumo que al basarse "en esperanzas poco realistas de operaciones sempiternamente afortunadas en la agricultura... han hecho a los grandes agricultores adoptar un modo de vida muy superior a sus verdaderas posibilidades... sacando crédito... para llevarlo a fines de consumo".

Analiza los efectos de la nueva tecnología en los ejidos: la variación en la estructura productiva que desplazó al arroz y que al promover el trigo, redujo el empleo y el ingreso rurales; la incidencia de políticas antiejidales de los emplea-

dos federales y la desintegración de las cooperativas regionales. Presenta una excepción: la sociedad de Quechahuaca, que pese a singulares errores revela su resistencia a un medio adverso.

En el capítulo 6, titulado "Pótam: la modernización de la agricultura en una comunidad yaqui", encuadra con precisión los efectos de la "revolución verde" y contraría la tecnocrática actitud de los "agentes externos de cambio", de ángulos tan occidentalistas. Al comparar las sociedades yaquis en un lapso de 20 años, revela el ocaso de las estructuras comunales y la ineficacia de nuevas relaciones que reforzaron su marginación. El capítulo 7, "Urbanización y desarrollo regional", basado en diversos indicadores, revela la desnacionalización de la región, pues "para 1950 el 80% de todas las mercancías ofrecidas para la venta en Hermosillo se importaba de los Estados Unidos"; la interpenetración de la gran agricultura y el comercio sonorenses, y el *boom* de las élites locales, en tanto "47% de la población de Ciudad Obregón debería todavía considerarse pobre".

Las páginas dedicadas al resumen y conclusiones ratifican los criterios de los capítulos precedentes y, aun cuando el texto obliga a su lectura, desmerecen al sostener afirmaciones contradictorias: "no había nada en las semillas de trigo de alto rendimiento y *técnicas asociadas* (cursivas de R.M.V.) que forman la base de la 'revolución verde' en Sonora... que en sí requiriera la reducción de las necesidades de mano de obra" y una tesis que exige calar aún más hondo: el desperdicio como signo de todas las actividades agrícolas regionales.

La obra resulta de primordial interés en la coyuntura agrícola actual: *se empieza y se debe amplificar* el debate sobre los efectos inicialmente insólitos de tecnologías agrícolas que mostraron su impracticabilidad generalizada. Cuestionadas por sus efectos sociales polarizadores del ingreso, han llevado a Norman Bourlag a responder en términos no precisamente científicos, al mismo tiempo que la renovada aparición del chahuixtle en Sonora hace dudar del éxito de un oneroso programa. Un técnico mexicano afirmó que en las zonas temporales (75% del país) lo único que quedaba era "depositar la semilla y prender una veladora"; la impotencia de una tecnología unívoca y de laboratorio se hizo explícita: marcaba los límites de los programas agrícolas planteados en forma ajena al desarrollo rural. La perspectiva tecnocrática y simplificadora muestra, así, su creciente fracaso.

Estas son razones de peso definitivo para exigir más a una obra que es *parte* de un programa de las Naciones Unidas. Acaso eso explique el tratamiento marginal que se da al papel de las transnacionales en "la verde revolución" y su consecuente enjuiciamiento; la creciente extranjerización de Sonora y del resto del país y las deformaciones sociales consiguientes. Por último, al exaltar el estudio de caso, margina, así sea en términos burdos, el daño de tecnologías "verdes" que se pretenden imponer bajo condiciones agrícolas signadas por la aleatoriedad. Es pues una obra que, bajo la responsabilidad de la autora, exige al UNRISD un mayor rigor en el tema, o su desistimiento ante el insoslayable compromiso que implica analizar la penetración acelerada del capitalismo en el campo mexicano. *Rubén Mújica Vélez.*

## LOS MIGRANTES INDIGENAS: EN LA SOMBRA DE SU PROPIO PAIS

Lourdes Arizpe, *Migración, etnicismo y cambio económico*, El Colegio de México, 1978, 261 páginas.

Aunque las actuales migraciones no son comparables a las del siglo pasado, parece que la movilidad de las poblaciones nunca tendrá fin. Los demógrafos hablan de millones de migrantes. Por numerosos países circula una corriente humana que busca mejores horizontes o se mueve simplemente atraída por lo desconocido.

Empero, hay otro tipo de migrantes: recorren su propio país, abandonan el campo seducidos por todo lo que parecen prometerles las luces de la cercana ciudad. En México, éstos son los campesinos.

La migración indígena es un tema ampliamente investigado por Lourdes Arizpe. A ella corresponde el mérito de sacar a la luz el éxodo de algunos de los pobladores indígenas más afectados por la cercanía de la gran ciudad, los mazahuas, que junto a otros grupos nahuas de Tlaxcala y otomíes de Hidalgo y Querétaro, emigran a la capital de la república.

El apelativo mazahua se deriva de su primer caudillo, Mazatl Tecu'tli. Citando a Clavijero, la autora dice que los mazahuas formaban parte de la nación otomí, puesto que las lenguas de ambos grupos no son más que diferentes dialectos de una sola. Se piensa que fueron nómadas, recolectores y cazadores y que no dejaron vestigios arqueológicos de importancia. Poblaron las montañas occidentales del valle de México que integran la provincia de Mazahuacán, perteneciente al reino de Tacuba.

La región mazahua se localiza en los límites del estado de México con los de Querétaro y Michoacán, en una meseta dominada por el cerro de Jocotitlán, cuyas faldas se ven cubiertas de magüeyes. Por esos sitios corre el cauce del Lerma. Hay 150 000 mazahuas, entre monolingües y bilingües, repartidos en once municipios que abarcan un área de 3 725 km<sup>2</sup>.

Hubo una época en que la región era muy importante. En el siglo pasado algunos empresarios ingleses, franceses y españoles explotaban la zona minera de El Oro. Había numerosas haciendas que, curiosamente, no han sido objeto de estudio por parte de los investigadores, a diferencia de otras. Las minas y las haciendas ocupaban a los mestizos y a los mazahuas que, en su gran mayoría, ignoraban la capital, a la que sólo acudían ocasionalmente para vender leña, carbón o pájaros. El trayecto era largo y pesado y en su región, después de todo, aún conseguían lo necesario, "barato y a montones".

La migración comenzó entre 1915 y 1920, durante la lucha de facciones de la Revolución mexicana, cuando los pobladores comenzaron a buscar en la ciudad todo aquello de que carecían. Entre 1930 y 1940 la producción de las parcelas repartidas durante la Reforma Agraria a los nuevos ejidatarios mestizos y mazahuas parecía suficiente para satis-

facar las necesidades de consumo. Empero, menguó la productividad de la tierra y, desde entonces, se diría que la región sólo vive a la sombra de la gran ciudad, que le ha quitado todo sin darle nada a cambio.

Así, cuando el Distrito Federal necesitó el caudal del río Lerma, se prohibió a los campesinos el riego de las tierras secas de sus parcelas. Los pobladores acabaron por depender casi totalmente de los abastos de La Merced. Así, también, el antiguo mercado de Ixtlahuaca va perdiendo poco a poco su carácter artesanal, invadido por los productos de plástico provenientes de la ciudad de México que, junto con las toneladas de frutas y verduras de La Merced, destruyen su carácter de mercado regional. Los mazahuas, creadores de las contadas artesanías que figuran aún en el mercado, se mantienen fuera del recinto, sobre las calles aledañas, rodeados de chiles, quelites y acociles, en precario estado de sobrevivencia.

La vida en la región mazahua es tan desoladora como la de otros muchos lugares de la provincia, pero su cercanía con la ciudad de México hace que de allí provenga el grueso de los migrantes campesinos que vislumbran la esperanza de huir de las tierras pelonas, de las parcelas en donde sólo crecen los muros de sus casas. Para los mazahuas, el progreso trajo un cambio: antes eran arrieros, talladores de arados, hueseros, coheteros, carpinteros y hasta brujos. Hoy, los oficios pertenecen a los mestizos: son los choferes, albañiles o electricistas.

Los mazahuas que han logrado permanecer arraigados a sus trabajos agrícolas se enfrentan a algunos organismos que, creados para ayudarlos —entre otras cosas— les plantean a menudo más obstáculos que ayuda en sus actividades, tales como los bancos agrícolas, Fertilizantes Mexicanos, S.A., y la Compañía Nacional de Subsistencias Populares.

En consecuencia, los migrantes indígenas buscan acercarse cada día más a la vida citadina, huyendo del mundo rural, aislado de las oportunidades de trabajo. "Allá, en México, ustedes sí tienen muchas cosas que comer y que tomar, pueden divertirse y se pueden pasear, porque allá hay de todo y se gana mejor. . ."

A principio del presente decenio, las autoridades del Departamento del Distrito Federal se empeñaban en desterrar algunas imágenes "ofensivas" de las calles de México. Con el mismo rasero se combatía la basura, la indigencia y los puestos de frutas y semillas atendidos por indígenas. Con grandes titulares la prensa citaba "la invasión de las marías", indias mazahuas vestidas con blusas de vivos colores, cuya procedencia era desconocida por el grueso de los ciudadanos. Dice la autora que los mazahuas permanecieron en el olvido, en un rincón desconocido de la sociedad colonial y la nacional, hasta que en 1970 se les descubrió súbitamente a raíz de esa "invasión".

La policía, los inspectores de mercados y otras autoridades agredían a las "marías" (y las siguen agrediendo) con lujo de fuerza, a veces con brutalidad inaudita, arrebatándoles el dinero y las frutas, golpeándolas y haciéndolas víctimas de vejaciones infinitas. Con la "India María", ese personaje estulto que hace reír a los adictos a la televisión comercial y

pro yanqui, la ignorancia y el desdén que prevalecen en algunos grupos sociales frente a todo lo que es indígena se intenta satirizar a las mazahuas que emigran al Distrito Federal para ganarse la vida que se les niega sistemática y opresivamente en sus lugares de origen.

Durante una encuesta realizada por el Canal 11 de televisión, el 13 de junio último, todos los transeúntes interrogados para conocer su opinión acerca de las "marías" reaccionaron como si su presencia en la ciudad representara un atentado contra la esencia misma del país y contra las "buenas costumbres".

Una de las pocas actividades que pueden realizar los mazahuas es recoger el maíz de zacatón, trabajo duro y mal pagado en que "se tiene uno que levantar a las seis de la mañana y darle todo el día con la plancheta hasta las ocho de la noche..." ¿Por qué no habría de preferir un mazahua trabajar de vendedor o albañil? Empero, muchas veces no le va mejor que recogiendo zacatón: uno que logró ingresar a la obra salió con su "ropa de trabajo y las manos partidas, pero así pasó la camioneta [de la policía] y me llevaron al 'bote' [a la cárcel] diciendo 'ándale, tú, que andas de padrote'. A mi mamá le quitaron la fruta pero no se la llevaron. A mí me llevaron a la cárcel de Ixtacalco; pero como ya no cabía, me llevaron a la cárcel de Tacuba. Allí me multaron con 50 pesos y hasta perdí el trabajo".

Muchas veces no encuentran nada qué hacer: "Ahora, en México, creen que uno va a vender, nada más por no querer trabajar, y hasta le echan a uno petróleo en la fruta, pero es por necesidad. Mientras el gobierno no nos dé algo en qué trabajar, tendremos que seguir yendo".

Ni pensar ya en salir como braceros, pues "mientras no tengamos documentos, no hay más que la obra. Durante Uruchurtu, nomás lo veían a uno en la calle o sentado en un jardín, y te agarraban. ¿Cuándo nos van a dar documentos? Mírenos nada más (mostrando su ropa vieja y raída). Sí, no vamos a mentir, aquí nos ve. ¿Va usted a decir que somos ricos? Si aquí no hay cómo, por eso nos vamos a México".

Y, como dice Lourdes Arizpe, si los mecanismos supuestamente creados para ayudar al campesino muchas veces sólo le plantean problemas, también algunos representantes de la política sólo lo utilizan para llegar al poder. Así, "el PRI gana porque gana. El PRI jamás pierde. En un pueblo, una vez ganó el socialista y allí se las estaban viendo negras".

La autora investiga lo que ocurre detrás de los antiguos zaguanes de las calles viejas de México, en cuyas viviendas se hacían familias numerosas en un solo cuarto. Los patios incontables, cubiertos de niños y flores, macetas y jaulas de pájaros, petates y frutas. Las blusas rojas, anaranjadas o de un verde rabioso de las mazahuas, que entablan una pelea en el tendadero con la manta bordada de las otomíes.

Al hablar de los indígenas, Lourdes Arizpe ataca la ideología que atribuye la inferioridad económica del indio a su cultura, "cuando hay mecanismos que indican que se trata de una cuestión esencialmente política y económica". Mientras se mantenga en situación de inferioridad, el indio servirá a la ideología imperante como fuerza política y como objeto

de explotación. Al indígena se le excluye del poder y de la riqueza; carece de ocupaciones remuneradas y de actividades que enriquezcan el espíritu; algunas de éstas, como la artesanía, que mantenía ocupados el alma y el cuerpo de los indígenas y también les producía ingresos, son objeto de la rapiña de los intermediarios. Sus valores son rechazados tajantemente por la economía capitalista. Para participar del progreso tendrán que abandonar su lengua, y con ella todas sus tradiciones. Cuando adquieran conocimientos y dinero para satisfacer plenamente sus necesidades básicas habrán cruzado la "barrera étnica".

Cada día cobra mayor vigencia el valor literario del testimonio. Podría decirse que la investigación de campo, obligada para el estudioso de las ciencias sociales y antropológicas, puede servir de base para la creación en aquéllos que tienen la habilidad narrativa.

El uso de la lengua coloquial, las alusiones históricas, la descripción del paisaje; la precisión de los datos geográficos, demográficos, estadísticos y económicos, todo ello otorga gran valor científico a la obra y denota el interés de la autora hacia su investigación.

Sin embargo, el valor de este libro desmerece, a juicio nuestro, debido a dos aspectos.

El primero se relaciona con la lengua práctica y con la necesidad, inaplazable, de que los investigadores de las ciencias sociales manejen dicha lengua con la precisión que ésta requiere. Además, cuando la lengua está orientada a la comunicación, resiste la paráfrasis, la amplia explicación. Si la autora abundara en pasajes tales como "todos los dominados, real o potencialmente, son indios", o "el indio nace indio y continúa siéndolo el resto de su vida", el lector apreciaría en todo su valor el pensamiento de los estudiosos que concibieron dichas frases. En cambio, si intentáramos explicar aquello de "voz pintada, canto alado", el espíritu de Quevedo se estremecería. Son muchos los casos en la obra en que el lenguaje científico, pragmático, podría ganar claridad sin perder precisión para los lectores.

El segundo aspecto se relaciona con la descuidada sintaxis del discurso, inadmisibles en un trabajo de tanto interés y tanta importancia como es el de la antropóloga mexicana. *Graciela Phillips*.

---

## ESTUDIO PARA CUANTIFICAR LAS ACTIVIDADES AGROPECUARIAS

---

Emilio Alanís Patiño, "Cuentas económicas de la agricultura", en *Econotecnia Agrícola*, Dirección General de Economía Agrícola, SARH, vol. I, núm. 11, México, noviembre de 1977, 26 páginas.

Se trata de un serio trabajo de investigación elaborado por quien es una verdadera autoridad en el dominio de la estadística y de la sociología, personalidad que durante muchos años dirigió el Departamento de Investigaciones Industriales del Banco de México, formando parte de un equipo singular que realizó una prominente labor en pro del

conocimiento de los asuntos económicos y sociales de México.

Con excesiva frecuencia se pide al sector agrícola que satisfaga las demandas de los otros sectores económicos y se le exige que incremente su participación en el mercado internacional. Para lograr esas metas se hacen muchas recomendaciones y se deciden las políticas esenciales. La agricultura acelera su desarrollo y los hechos deben ser cuantificados y evaluados, tanto en unidades físicas (hectáreas cosechadas, toneladas producidas, jornadas de trabajo empleadas, etc.) como en valores económicos, a precios corrientes y a precios constantes. Con las cifras generadas se crea un sistema de cuentas nacionales, de tipo sectorial, que luego se integra al sistema de cuentas nacionales de la economía total, elaborado con datos anuales, más o menos fidedignos.

Durante el año de 1975, el sector agrícola y la pesca aportaron 100 000 millones de pesos en cifras redondas al producto interno bruto (PIB), a precios corrientes. Quitando el efecto de la inflación, estas actividades aumentaron sólo 9.2% en los primeros cinco años de la presente década, mientras que los demás sectores crecieron 34.8% en el mismo quinquenio, a precios constantes. En el mismo período la población del país se incrementó 18.6%. Es notorio el desequilibrio entre la expansión demográfica y el ritmo de crecimiento agropecuario y forestal. Fundadamente se infiere que el nivel medio de bienestar de la población rural mejoró muy poco, en contraste con lo que sucedió a familias de sectores no agrícolas. El desajuste económico-social y sus consecuencias fueron más sensibles en el año 1976.

La cuenta de producción queda ilustrada en este análisis de Alanís Patiño con datos del año 1969. El valor de las cosechas fue de 22 084 millones de pesos; por su parte, la ganadería y la avicultura produjeron 8 982 millones de pesos y de los bosques sólo se obtuvo una producción valuada en 847 millones. El ingreso bruto del sector agrícola resulta de 31 913 millones y si de esta cantidad se resta el importe de los gastos de los productores, queda el PIB del sector agrícola. Empero, las cantidades anotadas son cuestionables debido a la gran dificultad de elaborar correctamente las estadísticas necesarias. Los investigadores encuentran problemas casi insuperables para conseguir datos suficientemente precisos. No obstante, hay progresos continuos y, más aún, existe la conciencia de que una sana política agrícola deberá apoyarse, cada vez más, en adecuadas informaciones de tipo estadístico, organizadas o estructuradas bajo las normas de las cuentas económicas aceptadas internacionalmente.

Las cuentas económicas de la agricultura incluyen el balance de 1) el suministro de productos del sector primario y 2) el uso o destino de la producción agropecuaria, forestal y pesquera. La oferta total o suministro se obtiene, obviamente, sumando el valor de la producción del país con el valor de las importaciones de productos que vienen del sector agrícola extranjero; si de esa oferta total se disminuye el valor de los productos que México exporta, generados por la agricultura en sentido vasto, queda el consumo interior (intermedio y final). La cuestión es difícil, como lo saben los expertos en esta materia, pues implica ajustes por diversos conceptos. El suministro total en 1974 se valorizó en 128 843 millones de pesos y el consumo interior fue menor. Los datos elaborados señalan que México fue *importador*

*neto* de productos del sector considerado, por 3 084 millones de pesos, y cinco años antes (1969) fue *exportador neto* por 4 828 millones de pesos. Ese cambio tan significativo equivale a un estridente grito de alarma. Sigue en pie esta cuestión: ¿por qué el país no acelera su producción primaria, a pesar de que existen recursos naturales, institucionales y humanos?; ¿cómo podríamos ser indiferentes ante el anuncio de que la población aumentará anualmente más de tres millones de personas en el último decenio del presente siglo?

También es importante la cuenta económica del consumo intermedio de las unidades agropecuarias, forestales y pesqueras. Se sabe que el valor de dicho consumo en el año 1970 fue de 11 979 millones de pesos. La composición de los gastos hechos por el consumo intermedio realizado en el sector primario durante aquel año, ya lejano, confirma cuánto ha avanzado la modernización de las actividades agropecuarias. Por ejemplo, se pagaron 2 644 millones de pesos a los fabricantes de sustancias y productos químicos y a la industria del hule, cantidad comprendida en los 11 979 millones citados.

Otra cuenta difícil se refiere a la formación de capital, que debe mostrar "la adición bruta al activo fijo y el aumento de las existencias de las explotaciones agrícolas". Es importante también disponer de información sobre los cambios realizados en la tierra agrícola. La escasa información sobre esta cuenta revela que en el período 1962-1967 la formación de capital realmente nuevo creció con lentitud, y que tal vez esta tendencia se acentuó en los años siguientes. Quizás el estancamiento agrícola del presente decenio depende, en cierta medida, de la insuficiente capitalización de las explotaciones ejidales, comunales y privadas. La capitalización lenta —y a veces la descapitalización— sin duda tuvo su origen en hechos de orden político y en la crisis económica general.

Hay indicaciones de que las empresas agropecuarias y forestales —ejidos y comunidades inclusive— se vieron forzadas a reducir su participación en el reparto del valor de la producción, debido a que fue preciso aumentar la remuneración de los asalariados. Además, los precios de los productos del campo aumentaron sólo 12% en el período 1962-1967, mientras que los costos de producción se elevaron con mayor velocidad.

El estudio de Alanís Patiño concluye presentando sugestivos ejemplos de la cuenta que informa sobre la situación económica de las familias que en el año 1968 fueron clasificadas como agrícolas (unos tres millones de personas). En promedio para todo el país, cada familia agrícola obtuvo un ingreso anual de 10 240 pesos, cantidad integrada por la entrada neta de empresas propias (inclusive minifundistas de todos tipos), sueldos y salarios devengados en el propio sector agrícola o en otros, así como los ingresos por capital e inversiones y algunas transferencias. Ese ingreso promedio era bajo y por ello las familias destinaron poco más de la mitad a cubrir el costo de sus alimentos. El autor señala que el problema socioeconómico de la agricultura debe analizarse con un enfoque familiar e integral, es decir, considerando los ingresos de las diversas fuentes de trabajo del jefe de la familia y de sus otros miembros económicamente activos. *Alfonso Ayensa.*



---

**obras recibidas**


---

- Salvador Allende  
*Salvador Allende y América Latina*, Casa de Chile, México, 1978, 182 páginas.
- Luis Angeles  
*Crisis y coyuntura de la economía mexicana*, Ediciones El Caballito, México, 1978, 214 páginas.
- Carmen Blázquez  
*Miguel Lerdo de Tejada: un liberal veracruzano en la política nacional*, col. Nueva Serie, núm. 27, El Colegio de México, México, 1978, 209 páginas.
- Jorge E. Cambiasso  
*La demanda de dinero en América Latina*, serie Ensayos, núm. 40, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA), México, 1978, 83 páginas.
- Santiago Cendejas Huerta y Netzahualcóyotl Rico Mora  
*Sobre la universidad: interrogantes con respuesta*, Centro de Estudios de Libre Discusión, Morelia, México, 1978, 115 páginas.
- Ricardo Ffrench-Davis  
*Alternativas de política cambiaria*, col. Estudios, núm. 21, Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN), Santiago de Chile, 1978, 38 páginas.
- José Giral, Sergio González y Eduardo Montaña  
*La industria química en México*, Redacta, México, 1978, XVI + 343 páginas.
- Stella María González Cicero  
*Perspectiva religiosa en Yucatán. 1517-1571*, col. Nueva Serie, núm. 28, El Colegio de México, México, 1978, VIII + 254 páginas.
- Joseph Grunwald (ed.)  
*Latin America and World Economy. A Changing International Order*, Latin American International Affairs Series, vol. 2, SAGE Publications, Beverly Hills, Londres, 1978, 323 páginas.
- Instituto para la Integración de América Latina  
*Biel* (boletín sobre inversiones y empresas latinoamericanas), núm. 1, Buenos Aires, septiembre de 1978, 8 páginas.
- Instituto per lo Sviluppo Economico dell'Italia Meridionale  
*Isveimer bulletin* (ed. en inglés del *Quaderni Isveimer*) núm 1: "Questions for debate. Economic and social issues of our time. Credit flows in an open economy", Nápoles, noviembre de 1977, 77 páginas.
- P. Judet, Ph. Kahn, A. Ch. Kiss y J. Touscoz  
*Transfert de technologie et développement*, Institut de Relations Internationales de l'Université de Dijon-Libraires Techniques, París, 1977, 565 páginas.
- José López Portillo  
*Discursos pronunciados por el licenciado José López Portillo*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1978, XLVIII + 420 páginas.
- Georgel Moctezuma López y Antonio García León (comps.)  
*Contribución del ingeniero agrónomo especialista en industrias agrícolas a la investigación: comentarios de las tesis presentadas en industrias agrícolas*, Centro de Economía Agrícola, Colegio de Postgraduados, Chapingo, México, 1978, 158 páginas.
- Román Piña Chan  
*Quetzalcóatl. Serpiente emplumada*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, 73 páginas.
- Crisóstomo Pizarro  
*Rol de los sindicatos en Chile*, col. Estudios, núm. 22, CIEPLAN, Santiago de Chile, 1978, 41 páginas.
- Vicente Querol Cabrera  
*Cómo beneficiar su exportación con el Sistema Generalizado de Preferencias*, 2 vols., Grupo Editorial Expansión, México, 1978, 244 páginas.
- Juan Ramírez H., Marineyla del Socorro Huerta y Adolfo Chávez V.  
*Posibilidades de utilizar el pescado para mejorar la dieta mexicana*, División de Nutrición, Instituto Nacional de la Nutrición-Programa Nacional de Alimentación-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 1978, 45 páginas.
- Juan Ramírez H., Andrea Castillo y Adolfo Chávez V.  
*Posibilidades de una mejor utilización de la soya para consumo humano*, División de Nutrición, Instituto Nacional de la Nutrición-Programa Nacional de Alimentación-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 1978, 41 páginas.
- John B. Rhoads  
*El financiamiento del déficit fiscal en Estados Unidos*, serie Ensayos, núm. 40, CEMLA, México, 1978, 38 páginas.
- Rodolfo Stavenhagen  
*Testimonios*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, 413 páginas.
- Varios autores  
*VI Seminario sobre exploración geológico-minera*, Consejo de Recursos Minerales, México, 1977, 896 páginas y planos. □